

## CAPÍTULO 30. POESÍA PINTADA

*Paloma Fadón Salazar*

Universidad de Granada

Pintar palabras no es una invención que el siglo XX pueda atribuirse ni los sucesivos movimientos artísticos, a partir del cubismo, consignarlo como un nuevo género en pintura nacido dentro de una nueva representación de la realidad.

El arte ya está inventado y no se puede hablar de nuevos descubrimientos con la generosidad que los últimos tiempos nos tiene acostumbrados, como si el siglo XX fuera un laboratorio desde el que las últimas tecnologías nos ofrecieran la posibilidad de hacer un arte nuevo que se libera del pasado.

El arte es, siempre lo ha sido y mientras hablemos de arte lo seguirá siendo, expresión de la realidad que las diferentes sociedades interpretan, ofreciendo obras que nos permiten ver su tiempo desde una óptica particular que, cuando es genial, alcanza la universalidad. Cuando las sociedades experimentan cambios, el arte no puede sino hacerse partícipe de ello, pues al artista se le presupone una sensibilidad suficientemente desarrollada como para hacerse eco de tales evoluciones e incluso anticiparse a ellas, gracias a los indicios que ya apuntan a importantes cambios generacionales y configuran realidades nuevas. Pretender que el arte permaneciera ciego a la era industrial y no se empapara de las trascendentales revoluciones sociales que ha experimentado el mundo con el cambio del siglo XIX al XX sería excluirlo de la realidad y por lo tanto que dejara de ser arte y como mucho descender al mundo de la artesanía produciendo objetos cuya habilidad manual fuera patente y hasta sorprendente.

Cómo podría el arte seguir en la brecha que el Renacimiento abriera, cómo podría pedírsele al artista que se diera la vuelta y permaneciera fiel a la perspectiva y el realismo conquistados por otros tiempos, cuando estos han evolucionado y la sociedad apunta a otras realidades que ha ido adquiriendo con el pensamiento y la ciencia. Se producen cambios y el arte, como no podría ser de otra manera, lo refleja y aún se anticipa, ¿inventar? o simplemente cambiar, lo sencillo suele ser lo más complicado y ahí va a estar el arte.

Mientras el arte muestre cambios en su seno permanecerá fiel a sí mismo, seguirá siendo transparente y etéreo, en su obra seguirá presente el tiempo. Su técnica, su representación del espacio, los elementos que configuran su composición deben cambiar para seguir siendo los mismos, aquellos que el mundo que le rodea ofrece y a través de los cuales permite que la realidad aflore a la superficie de su obra para hacerla visible al espectador, sensibilizándole desde otra óptica, a su tiempo. Cuando de verdad ocurre que

una obra de arte se adapta, como un guante hecho a medida, a su tiempo, sufre el rechazo mayoritario, porque cuando vivimos nuestros días carecemos de perspectiva para analizarlo, asimilarlo y comprenderlo. Al artista no le queda más remedio que tomar distancia de la sociedad en la que vive para captar su conjunto, abstraer lo cotidiano y vislumbrar las energías internas que nos empujan a cambiar lo ya establecido. Por eso el artista no puede dejar de ser un marginado y su obra un retrato crudo, sin cocinar por la conciencia, sin aliñar por la comprensión y en consecuencia la digestión no se hace fácil.

El siglo XX ha sido convulso y las expresiones artísticas no lo han sido menos, todos los elementos del lenguaje plástico se han puesto en tela de juicio y sin más contemplaciones se les ha dado la vuelta haciendo del arte un río revuelto por las más inesperadas representaciones que como rayos en medio de la tormenta han penetrado en nuestro campo visual. Seguimos intentando comprender y para ello abrimos museos de arte moderno, uno detrás de otro, que poco a poco nos apacigüen. Pero el cometido del arte no es provocar la revolución, ni el cambio, tampoco debe obligarse a la originalidad ni a la búsqueda de nuevos lenguajes, ni a la repetición, no puede doblegarse y ser esclavo de lo novedoso, de lo diferente o de lo nunca visto. El arte es mucho más que todo eso, es experiencia, es vida, es creación y para crear hay que aprender de la naturaleza, hay que alcanzar la comprensión de uno mismo y su medio, lo natural es nuestro maestro y profundizar hasta la raíz nuestro cometido. De lo que el arte se valga para ello es algo que no puede tener límites ni dependencias.

Sin embargo, el cambio que trae aparejado el tiempo no implica desechar lo anterior sino asimilar, la destrucción de la naturaleza no deja un agujero negro que implique el comienzo de los tiempos, sino poner al descubierto costumbres enrarecidas, no se trata de mejorar sino aclimatar y dar cabida a lo que nace de lo anterior y para ello no podemos mirar siempre de frente, hay que echar la vista a atrás, hay que extraer de la espiral, hay que crear accediendo al origen de los tiempos, hay que evolucionar con la naturaleza que es la nuestra, la del ser humano que necesita aunar el espíritu para escanciar el presente en su obra. El arte no es de la juventud que carece de experiencia, de profundidad, de capacidad para comprender excluyendo su presencia, el arte es de la edad adulta que es capaz de hablar con la voz de la naturaleza puliendo el egoísmo hasta hacerlo transparente. La juventud promete, el adulto entrega hasta desaparecer. El arte del siglo XXI no lo podemos hacer con promesas sino con obras, la comercialización del arte no puede seguir engañando al artista con el valor de una obra que vale más hoy que mañana, invirtiendo valores consustanciales al arte, no se puede historiar lo que todavía no se ha creado, el historiador de arte no abre el camino, lo cierra, el artista debe ir por delante, pincel en mano. Para crear no es necesario comprender sino sentir, el pincel no lleva palabras que racionalicen la obra, el pincel tiene su propio

lenguaje. La palabra pintada conquistó hace mucho tiempo el espacio del arte, no es un invento del siglo XX, no pertenece al arte contemporáneo ni a la zona occidental del mundo, es parte del arte universal desde que oriente hiciera del arte de la caligrafía su arte por antonomasia.

En el siglo XX la influencia del arte oriental es evidente y no se va a eludir sino propiciar. En el siglo XXI ya no podemos seguir hablando de influencia, ni tan siquiera, en esta sociedad global, podemos permitirnos diferenciar un arte occidental grande, casi único y un arte oriental o africano que aprende y se deja guiar por los logros de occidente, no, debemos todos ser capaces de asimilar sin perder nuestra identidad, oriente ya lo hace, en silencio, occidente se retrasa al no mirar en profundidad las realidades que le son ajenas, sobre todo la de aquellos países cuya economía no es puntera, olvidando que el arte no se hace con dinero aunque acabe generándolo en abundancia, sin embargo no es nunca su punto de partida.

El arte de pintar palabras no encuentra en ellas su contenido racional para titular o significar algo, para referirse al entorno natural de donde han sido extraídas, más bien son despojadas de su naturaleza para adquirir otra identidad como parte de un lenguaje que hasta entonces desconocían. La línea, el trazo tienen una capacidad de cambio, adaptación y transformación ilimitada, capaz además de adentrarse hasta las profundidades del tiempo y el inconsciente, recuperando el pulso de lo que late dormido. La caligrafía china pareciera que repite hasta la saciedad sus trazados perfectos de caracteres y sin embargo nunca son los mismos, tanto la estética como la filosofía que conllevan les otorgan un ritmo y un dinamismo que es hijo del tiempo en el que se crearon. Esos caracteres no olvidan ni abandonan el significante, lo que hacen es profundizar en él, adentrarse hasta extraer la energía abstracta que pasea libre a través de ellos y dejarla al descubierto, desnudarla y ofrecerla. Por eso su lectura no es tan trascendental como dejarse arrastrar por ese nervio que hace bailar a los ojos, que se hace música para la vista y que las dos dimensiones de la hoja se transforman cuando el espectador cae absorto y penetra la tercera dimensión que va de él y hasta la obra. No parten de la abstracción, llegan a ella a través de una mente en plena ebullición.

La poesía ha compartido con la caligrafía momentos de eternidad, las célebres reuniones de letrados en las que componer poesía y hacerla bailar con el pincel era vivir un tiempo que sólo contaba con el presente como aliado, han sido sin duda momentos de comunión con la naturaleza, comprensión del alma, creación en el estado más puro y sentido para una vida. La creación late en el corazón de quien a través del pensamiento despierta en su interior esa parcela dormida en la que se ha depositado, sin él dirigirla, la huella de una sensibilidad cautivada por esa poesía cuya lectura desencadena un mundo de sensaciones que abordan todos los sentidos y acompañan la respiración. Y cuando la poesía ha hecho el milagro de otorgar al lector un cosmos

enriquecido que lo vuelve liviano y pletórico, debe callar y enmudecer para ahora con el pincel en la mano dejar que la huella encuentre el camino de salida, y el trazo recuperar la energía y la vibración de ese sonido universal que se presenta a la vista.

D. José Saramago, cuya poesía muestra una sensibilidad comprometida consigo mismo, dicha con la crudeza de quien no se deja cegar por la envoltura, cuyos mundos son radiografías que desvelan el trajín de una sociedad afanada en subir contraria a la corriente, pues dejarse llevar por ella pudiera parecer poco ético, falto de gusto, de coraje o disciplina. En la que la vida puede verse por el reverso de la hoja y es menester agacharse para mirar tocando el suelo, con los pies en el barro, para descubrir la belleza del polvo. Con “Elocuencia” nos dice que la caligrafía es eso, sin más, y más veces se lee y más lugares se encuentran para dejar hacer al pincel. Más veces se caligrafía y más grafías surgen del profundo sopor para hacer del aire un gran teatro de la vida en el que la línea se preste a cualquier paisaje. Es de esas poesías que podrían caligrafiarse hasta el infinito y aún con todo encontrar una más. Podría incluso no caligrafiarse nunca y seguiría resonando al cerrar los ojos. Siempre se puede volver a mirar a la luna y encontrar una palabra nueva para una vivencia distinta, palabras nuevas para la luna vieja, la elocuencia se hará vieja con caligrafías nuevas.

Personalmente me atrevo a hacerle una, dejando que la flexibilidad del pincel chino se adapte celoso al espacio que acaricia, que la tinta surja con fuerza, vaya y vuelva, escape y se quede finalmente. Que las vueltas y revueltas se revelen para estirarse calladas y elocuentes. Que el sello rojo rompa la monótona conversación del blanco y el negro, dándole ritmo y agilidad a la dualidad estática. Que el dinamismo de la mente se refleje y se moje con el flujo del río de la vida.

ELOCUENCIA

Un verso que se diga sin palabras,  
 O si palabras tiene, nada expresen:  
 Una línea en el aire, un gesto breve  
 Que, en un hondo silencio, me resuma  
 La voluntad que quiere, la mano que escribe



